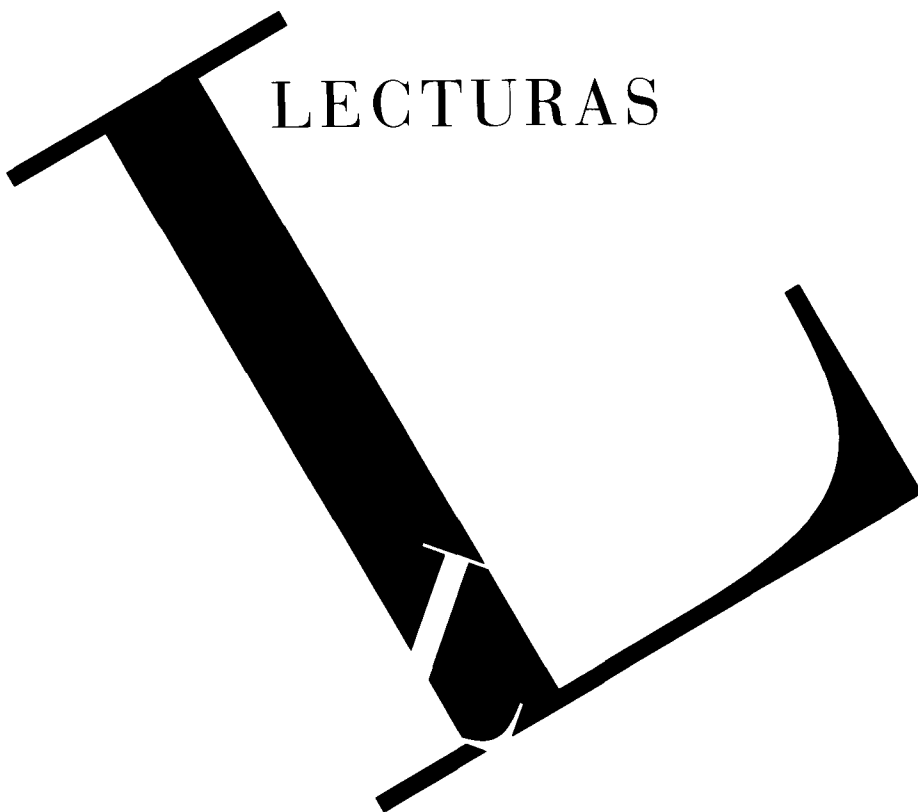


LECTURAS





PETER BURKE,  
*Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot,*  
 Barcelona; Buenos Aires; México: Paidós, 2002.

por  
 DIEGO NAVARRO BONILLA  
*Universidad Carlos III de Madrid*

La reciente traducción española del texto de Peter Burke, *A Social History of Knowledge*, (Cambridge Polity Press; Blackwell, 2000) supone un salto cualitativo en los estudios sobre la información y el conocimiento en el occidente europeo moderno. Dos son los extremos cronológicos abarcados por el autor en el desarrollo de la obra y que constituyen el subtítulo de la misma: la invención de tipos móviles en Alemania hacia 1450 y la publicación de la Enciclopedia Francesa en 1750. A pesar de considerar los siglos XX y XXI como los centrales de la tan frecuentemente aludida era de la información, Peter Burke, profesor de Historia Cultural en la Universidad de Cambridge, demuestra en este texto cómo los aspectos económicos, sociales o políticos relativos a la información y al conocimiento no son privativos de nuestra contemporaneidad. Por el contrario, son fenómenos que trascienden en el tiempo y en el espacio para convertirse en una constante histórica de interés universal. El hilo argumental que vertebró este libro es el concepto de sociología del conocimiento y de interacción de éste con otros conocimientos, sin perjuicio de que las múltiples ideas destiladas en sus cerca de trescientas páginas nos conduzcan

desde un enriquecedor enfoque pluridisciplinar a la historia cultural, a la historia social de la cultura escrita o a la historia del conocimiento científico. El punto de partida conceptual del texto lo sitúa Burke en las teorías de «clásicas» de Durkheim y Weber, auxiliado por las más recientes de Foucault y el antropólogo Bourdieu. Sobre el conocimiento, entendido como el conjunto de datos e informaciones convenientemente procesadas para su utilización eficaz, se propone un acercamiento a los procesos y prácticas históricas conducentes a su generación (creación de información), su procesamiento y clasificación, su custodia y conservación, así como su recuperación y, llegado el caso, destrucción. Estructurado en nueve capítulos, esta *Historia social del conocimiento* nos acerca en primer lugar a una sociología retrospectiva del conocimiento como marco teórico en el que desarrollar su concepción de información y conocimiento. Es en este capítulo donde se pasa revista a los descubridores, productores y difusores de conocimiento, tradicionalmente englobados bajo el término de «intelectuales». En sus páginas se nos presenta la actividad de eruditos, cronistas, profesores de universidad, secretarios, bibliotecarios e incluso «agentes de cambio de información» que contribuyeron a la generación y esparcimiento del conocimiento en las europeas Repúblicas de las Letras.

El estudio poliédrico del conocimiento que se ofrece en este trabajo incluye una aproximación a su geografía, representada por las instituciones generadoras y custodias del mismo («sedes de conocimiento») así como su localización. En este caso la ciudad se erige como espacio central de innumerables prácticas de génesis, difusión y utilización de la información producida en su seno o conducida desde fuera para uso y consumo de sus habitantes promoviendo las «redes informativas de larga distancia». Por ello, junto a las tradicionales sedes de conocimiento (incluyendo la geografía de las bibliotecas) como las Universidades y monasterios, Burke alinea otros centros productores y canalizadores de la información como lonjas y Casas de Contratación, cafés y tabernas, talleres de impresión, observatorios astronómicos, gabinetes de antigüedades, Sociedades Científicas, etc. La antropología del conocimiento queda vinculada al capítulo cinco titulado «Clasificación del conocimiento: currículos, bibliotecas y enciclopedias». Aquí, el repaso hecho a los numerosos sistemas de clasificación del conocimiento deja entrever el carácter dinámico y en perpetua revisión de todos ellos. Interesan sobremanera los apartados dedicados a la reorganización de las bibliotecas, de los museos y de las enciclopedias. Constituyen en su conjunto la expresión más palpable de cómo la clasificación de las ciencias tuvo su correlato inexcusable en la organización y clasificación bibliográfica y en la disposición de la información en obras de carácter enciclopédico.

Merece la pena detenerse en la política del conocimiento desarrollada en el capítulo seis que bajo el epígrafe de «El control del conocimiento: Iglesias y

Estados» nos acerca a la utilización de la información al servicio de los intereses del Estado y su razón. Por ello, el conocimiento generado a partir de las informaciones producidas en el interior o en el exterior de un Estado para tener puntual noticia de cuanto acontecía en el damero político y estratégico de la Europa moderna incide en la sempiterna necesidad de la información requerida por el poder. De ahí que el almacenamiento, la recuperación y la representación sintética de la información del Estado nos vinculen de forma justificada el desarrollo de la archivística, las técnicas de condensación informativa de naturaleza estadística o el auge de la cartografía como disciplina indispensable para el ejercicio político. Por todo ello, una de las principales aportaciones de este capítulo es el desarrollo de la noción de burocracia según lo entendió Weber bajo la fórmula de: «ejercicio del control que se basa en el conocimiento».

La venta del conocimiento a través de los mecanismos del comercio tipográfico nos acerca a su dimensión económica de la compra-venta, teniendo a la imprenta como vehículo fundamental de ese proceso mercantil. Un proceso del que se derivó la aparición de ciudades hondamente vinculadas al comercio y a la producción libraria como Venecia, Amsterdam o Londres. Ello no obsta para que aspectos como la propiedad intelectual de textos e ideas a lo largo de los siglos XVI y XVIII o el papel desarrollado por las grandes ferias europeas de intercambio no sólo de productos sino también de información (Besançon, Piacenza, Frankfurt, Medina del Campo, etc.) encuentren un lugar específico en este capítulo. El penúltimo capítulo, dedicado a la adquisición del conocimiento por parte de las comuni-

dades de lectores tanto de libros como de prensa periódica permite tender un puente hacia la historia de las motivaciones, prácticas y usos de la lectura personal, intensiva o extensiva, como medio tradicional de acceder al conocimiento por escrito. Por último, el problema de la fiabilidad del conocimiento incorpora una reflexión sobre el alcance de procesos que hoy consideramos como rasgos inequívocos de la literatura científica como las notas a pie de página, las citas o las referencias bibliográficas, y hasta qué punto fueron producto de la necesidad de

dotar de autenticidad y respetabilidad a los textos así como de ofrecer al lector instrumentos inequívocos de orientación en su lectura.

En suma, los lectores podemos estar de enhorabuena gracias a la publicación del texto de Peter Burke, que viene a enmarcar y, lo que a mi juicio considero más importante, sugerir novedosos enfoques y puntos de arranque que permitan establecer fructíferas conexiones entre la historia social y cultural, la historia de la información o la historia de la cultura escrita.

*Historia de la cultura escrita:  
Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada,*  
coord. Antonio Castillo Gómez, Gijón: Trea, 2002.

por

PILAR AZCÁRATE

*Universidad Carlos III de Madrid*

Somos muchos los que hemos saludado con entusiasmo la publicación de este libro que, a partir de ahora, se va a constituir en un referente imprescindible para profesores y estudiantes universitarios; pero también, fuera del ámbito académico, para un público más amplio, el de todos aquellos que, por simple curiosidad intelectual, se interesen por los libros, la escritura y la lectura en el pasado; una mirada histórica que, como se afirma en la introducción, tiene hoy más sentido que nunca para ayudarnos a comprender en su justa medida los grandes cambios que se están operando en el mundo de la comunicación, de la información y de la cultura escrita, y para mejor posicionarnos en los debates —de plena actualidad— sobre el futuro del libro, de la escritura y de la lectura en la sociedad del conocimiento que nos ha tocado vivir.

Por sus objetivos, su enfoque y sus planteamientos metodológicos, la obra que comentamos renueva el panorama historiográfico español y contribuye a paliar una importante carencia. Porque, pese al arraigo evidente de los postulados de la historia de la cultura escrita en nuestro país —la abundancia de publicaciones, congresos y seminarios celebrados en las dos últimas décadas son la mejor prueba—, no contábamos hasta ahora con ninguna obra de síntesis escrita y publicada en España. Debíamos por tanto conformarnos con historias del libro clásicas, sin duda útiles y meritorias, pero que hoy en día resultan parciales e incompletas; y, en el mejor de los casos, con traducciones de obras extranjeras que, por relevantes e imprescindibles que sean, apenas contemplaban la realidad española.

El profesor Antonio Castillo, incansable y fecundo investigador en el campo de la cultura escrita, tiene una destacada participación en esta nueva *Historia de la*

*cultura escrita*, como coordinador y como autor de su introducción y del capítulo dedicado a la Baja Edad Media.

Merece la pena detenerse en la lectura de la introducción, pieza maestra donde se exponen los objetivos perseguidos y los planteamientos con que se ha abordado esta obra. Se trata, por tanto, de una especie de declaración de intenciones que constituye al mismo tiempo una certera síntesis de todo el programa conceptual y metodológico de la disciplina que nos ocupa; una disciplina que, desde una perspectiva esencialmente transdisciplinar, como se pone de manifiesto en la propia elección de los autores que han participado en el libro, estudia «la producción, difusión, uso y conservación de los objetos escritos, cualquiera que sea su concreta materialidad», pero sin perder nunca de vista el componente social (p. 19).

Como eje central que vertebra las diferentes colaboraciones y que da unidad a la obra está el afán de superar la tradicional separación entre historia de la escritura, por un lado, e historia del libro y de la lectura, por otro. A partir de estas premisas, la obra se estructura en dos partes, desde mi punto de vista claramente descompensadas. La primera es la historia de la cultura escrita propiamente dicha, organizada en seis capítulos de extensión más o menos homogénea, que se corresponden con las periodizaciones convencionalmente admitidas en el desarrollo de la historia. La segunda parte, que el coordinador define como «medular» y comprende un único capítulo, es una aproximación desde el punto de vista de los estudios de género, donde se aborda la relación de las mujeres con la cultura escrita. Reconociendo sin ambages el interés, la calidad y la originalidad de estas páginas, me parece que rompen el

hilo argumental de la obra, que quedan huérfanas y la desequilibran, al no ir acompañadas de otros estudios transversales que tuvieran como eje factores igualmente relevantes en el acceso a la cultura escrita y en la distribución de la alfabetización (clase social, contextos rurales o urbanos, etc).

En el capítulo dedicado a las civilizaciones del Próximo Oriente y al nacimiento de la escritura, el profesor Pérez Lagarcha insiste, más que en la descripción de los sistemas gráficos, en la relación escritura-sociedad, dando prioridad a las funciones —múltiples— que tuvo la escritura en Egipto y Mesopotamia (usos contables y administrativos, ceremoniales, ideológicos y propagandísticos, de recepción del conocimiento).

El capítulo correspondiente a la Antigüedad clásica tiene un tono más ensayístico y monográfico, pues el profesor Cavallo aborda el estudio de la cultura escrita a partir del problema de la alfabetización. Además del riguroso análisis de la evolución del fenómeno —con sus complejas implicaciones— a través de las sucesivas etapas de la historia de Grecia y de Roma, el autor nos va ofreciendo precisiones metodológicas de gran interés, generalmente asumibles para épocas posteriores, tales como: la necesidad de acudir a indicadores cualitativos y no sólo cuantitativos; la existencia de una amplia capa de semialfabetizados; la importancia del fenómeno de la delegación de escritura; la distribución desigual de la capacidad de leer y escribir según regiones, épocas, hábitat rural o urbano, pero no según el estamento social de pertenencia hasta la Antigüedad tardía, cuando la lectura y la escritura dejan de ser prácticas «abiertas» para convertirse en prácticas «cerradas», monopolizadas por las jerar-

quías eclesiásticas y por quienes desempeñaban funciones administrativas y judiciales (p. 96).

Los capítulos dedicados a la Alta y a la Baja Edad Media son especialmente ricos por la diversidad de cuestiones tratadas y por el completo panorama que ofrecen de la cultura escrita y sus implicaciones con la sociedad en los respectivos periodos. Son, además, las dos contribuciones más homogéneas en cuanto a su estructura y contenido, pasando revista sucesivamente a los sistemas gráficos que nacen y se desarrollan por aquel entonces, a la importancia de las formas de comunicación oral, al alfabetismo y la difusión social de la escritura, y a las principales manifestaciones de la cultura escrita.

Luis Casado describe los procesos que llevan a la sacralización de la escritura y del libro durante los siglos altomedievales. La cultura escrita y las actividades escolares son asumidas por la Iglesia, produciéndose un claro descenso tanto del volumen de alfabetizados como de la variedad de textos escritos y, en general, del recurso a la escritura; en efecto, el autor destaca cómo los mensajes no se formalizan y conservan en forma de textos escritos sino a través de la memoria, por lo que le parecería más apropiado hablar de una «cultura memorial» que de una cultura oral (p. 117).

Esta situación empieza a cambiar a partir del siglo XII, cuando se abre el proceso que conducirá, durante los siglos bajomedievales, a la constitución de una nueva sociedad del escrito, como reza el título del capítulo escrito por Antonio Castillo. La escritura estará cada vez más presente, aunque sin desplazar a otras formas de comunicación como la oralidad y la imagen. Sin lugar a dudas, fue el renacimiento de la vida urbana el nece-

sario punto de partida, el motor que impulsó las principales transformaciones, entre las destaca la consolidación de las lenguas vernáculas como lenguas escritas, que facilitará la alfabetización o semialfabetización (porque se aprende a leer y a escribir sólo en vulgar) de nuevos sectores «semicultos» que se van a erigir en «principales beneficiarios y protagonistas de los cambios experimentados por la cultura escrita» (p. 187): diversificación de lectores, de lecturas y de funciones sociales desempeñadas por el libro, aspectos evidentemente inseparables; y cambios también en la función y las prácticas del escrito, como prueban la proliferación de escrituras privadas e íntimas, y el resurgimiento de las llamadas escrituras expuestas (inscripciones, carteles, *graffiti*), unas y otras habitualmente ignoradas por los historiadores del libro.

En el capítulo dedicado a los siglos XVI a XVIII, Pedro Cardim sigue más o menos el esquema de los dos anteriores. Tras pasar revista a los niveles de alfabetización, a la enseñanza (terreno donde la gran novedad será el papel de los jesuitas en toda Europa) y a las creaciones intelectuales más destacadas, aborda fenómenos más específicos de este periodo, entre otros, las nuevas formas de sociabilidad generadas en torno al libro y la cultura escrita; el desarrollo de nuevos géneros editoriales de producción masiva (pliegos sueltos y literatura de cordel, relaciones de sucesos); el problema del concepto de autor y su relación con la obra literaria, tan distintos de los actuales; y la utilización de la escritura desde el poder, que le lleva a concluir que el rasgo más definitorio del periodo es «que el registro escrito, tanto manuscrito como impreso, estuvo asociado al desarrollo de determinadas *tecnologías* de dominación» (p. 302).

La cultura escrita en la época contemporánea, desde la revolución industrial hasta el momento actual, es abordada por uno de los mejores especialistas españoles en historia de la educación y de la alfabetización, el profesor Antonio Viñao. Tras unas páginas iniciales dedicadas a analizar los ritmos y causas del proceso de alfabetización masiva de la población europea a partir de la implantación de la escuela pública y de la enseñanza obligatoria, el autor pasa revista a la renovación de los planteamientos pedagógicos de la instrucción elemental (consolidación a lo largo del siglo XIX del aprendizaje simultáneo de la lectura y la escritura), a los cambios en los usos escolares y sociales de la lectura, y a las principales innovaciones tecnológicas acaecidas en el sector de las comunicaciones y en el ámbito de la cultura escrita, que posibilitaron el desarrollo de la prensa informativa y, con ella, la aparición de un nuevo lector, el lector decimonónico, «apresurado y superficial» (p. 322) de periódicos, revistas y libros populares. Finalmente, situándonos ya en la actualidad, plantea interesantes reflexiones sobre la nueva relación con la escritura y la lectura derivada del imperio de los medios de comunicación audiovisuales (el autor defiende la no posibilidad de conciliación entre la cultura televisiva y la cultura tipográfica, lo que obliga a replantearse el concepto de alfabetización ante la extensión del fenómeno del analfabetismo funcional); y las mutaciones (¿o revoluciones?) en el ámbito de la cultura escrita debidas a la aplicación de las tecnologías electrónicas, que implican cambios de soporte, del espacio de lectura, de la relación entre texto y lector, y de las prácticas de lectura y escritura. Son páginas que invitan, desde luego, a la reflexión.

Hasta aquí la primera parte de la obra, donde se traza ese recorrido histórico, bien explicitado en el título, desde la aparición de la escritura hace 5.000 años hasta la actual sociedad informatizada.

La segunda parte consta, como decíamos, de un único capítulo debido a la profesora M<sup>a</sup> del Mar Graña, que analiza la relación de las mujeres con la cultura escrita desde la perspectiva de los estudios de género. Se trata de un enfoque novedoso y transdisciplinar, que bebe de las aportaciones de la sociología, la antropología, la filosofía... para explicar el discurso dominante —machista y patriarcal— que hasta el siglo XIX ha impuesto a las mujeres el silencio y las ha excluido del acceso a la escritura y a la instrucción, que no a la lectura (por supuesto lecturas dirigidas, si no impuestas, para transmitir modelos ideales de conducta) ni a la educación, porque siempre se ha educado a las mujeres para que sean capaces de «ejercer las competencias laborales femeninas, en lo fundamental las tareas de manutención y reproducción de la unidad familiar» (p. 400). A partir de estas premisas y poniendo continuamente sobre la mesa pistas metodológicas de interés, la autora nos habla de las transgresiones a la norma aprovechando esos espacios intersticiales que escapan al control de la cultura dominante, de las experiencias concretas de lectura y escritura de las mujeres, de la importancia —por razones más que obvias— de la delegación femenina de escritura, de la condena al silencio y la desautorización de los escritos femeninos, para concluir en la necesidad «de situarnos ante los textos de mujeres con una nueva mirada» (p. 431).

Hasta aquí el repaso a los sucesivos capítulos en que se estructura esta *Historia de la cultura escrita*; un libro colec-



tivo efectiva y eficazmente coordinado, que destaca por la calidad del conjunto de las colaboraciones, de tono más ensayístico, más monográfico o más sintético, según los casos; un libro caracterizado por una homogeneidad básica en los enfoques metodológicos y conceptuales, así como por la certera elección de las cuestiones abordadas en los diferentes capítulos, algo de agradecer tratándose de un campo de estudio de tanta amplitud como es la historia social de la cultura escrita; un libro en el que el texto de cada capítulo se complementa con una bibliografía escogida, a la que se suma la bibliografía final compilada y clasificada por el coordinador; un libro en el que cada capítulo se acompaña además de una amplia selección de textos y de imágenes, apoyo inestimable para la

cabal comprensión de la historia de la cultura escrita que, no en balde, es una historia de discursos, prácticas y representaciones.

En conclusión, estamos ante una excelente síntesis de la historia de la cultura escrita que incorpora los planteamientos, debates, enfoques y objetos más actuales, y que algunos considerarán básicamente como un manual universitario. En realidad es mucho más que eso y cuenta con potenciales -seguro que ya reales- lectores fuera del ámbito académico. Pero en éste está destinado a prestar ciertamente un inestimable servicio tanto a los docentes como a los estudiantes. Por eso, retomando mis palabras iniciales, muchos, todos, estamos de enhorabuena.

PATRIZIA GABRIELLI,  
*Mondi di carta. Lettere, autobiografie, memorie,*  
Arezzo: Protagon Editori Toscani, 2000.

por

VERÓNICA SIERRA BLAS  
*Universidad de Alcalá*

DE LA MEMORIA PRIVADA A  
LA CONSTRUCCIÓN DE LA  
MEMORIA COLECTIVA

*Le lettere rappresentano solo in parte (in piccola parte) la realtà, esse sono una costruzione dentro la vita.*

Con esta cita de Vittorio Foa sobre las cartas, Patrizia Gabrielli abre su libro *Mondi di carta. Lettere, autobiografie, memorie*, cuyo título ya nos indica el propósito que le mueve a escribirlo: convertir en objeto central de estudio aquellas fuentes que, dado el carácter subjetivo e

íntimo propio de la escritura memorialista o escritura del yo, han sido consideradas, hasta hace más bien poco tiempo, como carentes del rigor científico necesario para la elaboración de la memoria histórica. Sin embargo, el historiador ha de reclamar el lugar que, en este proceso, deben ocupar los pedazos de vida, las experiencias personales, los sucesos particulares de gentes de toda condición y género; sin los cuales estaríamos siempre ante una historia incompleta, contada desde un único ángulo, que impediría una comprensión tanto global como justa de una época y una sociedad específicas.

Bien es cierto, como afirma Foa, que las cartas representan sólo una parte de la realidad, que son una construcción dentro de la vida. Pero, a pesar de su parcialidad,

gracias a su escritura y a su conservación la persona que escribe se convierte en sujeto histórico; en representación, a partir de su propia individualidad, de la sociedad en la que vive, de sus cambios, de sus evoluciones. Las cartas se convierten, así, en una fuente de estudio privilegiada que nos permite acercarnos al desarrollo de formas de vida determinadas, a unas maneras concretas de cómo el individuo se entiende a sí mismo, configura su identidad, y cómo percibe el mundo que le rodea, cómo cobra conciencia de sí en sociedad, en sus relaciones con los otros.

Eso es, precisamente, lo que Patrizia Gabrielli nos muestra a través del análisis de la correspondencia cursada entre Paolo Betti y Lea Giaccaglia, ambos militantes comunistas. El intercambio epistolar, compuesto por un total de 1795 cartas, tiene lugar entre 1922 y 1935, años en los que acontece una intensa represión contra toda forma de disidencia que desafiara los presupuestos ideológicos del régimen fascista imperante en Italia. Dada su periodicidad y su volumen, el epistolario puede ser leído a modo de diario<sup>1</sup>, como relación de días y sucesos que reflejan las etapas que el matrimonio va superando, sus miedos, sus proyectos de futuro, sus estrategias de resistencia ligadas siempre a la escritura desarrollada en el universo carcelario y en el destierro, la evolución de sus ideas y valores, sus concepciones sobre el amor, la educación, la moral y, sobre todo, su fidelidad, pertenencia y devoción al partido. Vida personal y vida política se

entrecruzan en sus cartas, una dimensión solapa a la otra, evolucionan a un mismo ritmo, construyen unidas su historia particular y, al tiempo, la historia del partido.

El interés por la producción y conservación de la escritura memorialista (cartas, diarios, memorias, autobiografías), hay que buscarlo, por tanto, en relación con esta última idea: si los testimonios particulares de personajes anónimos, o si no anónimos sí menos importantes que los de los propios dirigentes, conforman también la historia del partido, han de ser salvados de su silencio y dados a conocer. La historia es así concebida como forma de legitimación política y garantía de futuro; gracias a ella, las generaciones venideras podrán conocer el pasado y aprender de él. Respondiendo a esta concepción y a este interés, la mirada se dirige hacia los archivos: se reclama a los militantes que escriban su historia y que donen sus documentos, participando así en la constitución de la memoria del partido a la vez que dejando constancia de su filiación al mismo y de la reafirmación de las ideas que definen a éste en contraposición a las propugnadas por el fascismo<sup>2</sup>. La victoria de este último no supuso, en ningún caso, la desaparición del ideal comunista, sino más bien todo lo contrario: desde la clandestinidad y desde los espacios de reclusión, la escritura sirvió para demostrar la continuidad de esas convicciones y creencias, y la esperanza de poder levantar un mundo mejor.

1 Las relaciones que se pueden establecer entre la escritura epistolar y la diarista o memorialista aparecen en el estudio de Manuel ALBERCA, *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo*, Col. La tinta náufigra, Sendoa, Oiartzun, 2000, p. 33.

2 Un hito fundamental, en este sentido, fue la creación en el año 1971, con motivo del 50 Aniversario del Pci, del concurso *Tutto il partito scrive la sua storia*, con el fin de incitar a la escritura y conseguir recoger nuevos materiales de estudio (pp. 11-12).

El libro de Patrizia Gabrielli puede estructurarse en torno a cuatro ideas fundamentales que la autora emplea como hilo conductor y que van recorriendo los cuatro capítulos en los que divide el libro

1) El recurso a la escritura como forma de consuelo y estrategia de resistencia en la vida carcelaria.

2) El reflejo, a través de lo escrito, de las relaciones de género y de la evolución de los conceptos de masculinidad y feminidad.

3) La importancia de la carta como espacio de introspección, reflexión y configuración de la identidad.

4) La relación que se establece entre la epistolografía y otras prácticas de la escritura memorialista a través del análisis de distintas memorias y autobiografías contemporáneas al epistolario estudiado.

Al analizar la escritura epistolar carcelaria, es evidente que el universo de los sentimientos irrumpe en el contexto de la militancia y que las cartas no son únicamente documentos en los que estudiar la construcción de la identidad política y la pertenencia al partido. Las cartas constituyen, en ese espacio, el único medio posible de comunicación entre Lea y Paolo. Se presentan como ese instrumento indispensable que hace posible resistir la soledad de la celda y dar voz a los sentimientos. En ellas, ambos encuentran la afectividad y el cariño que les ayuda a combatir el aislamiento, la separación del mundo exterior. A través de la correspondencia, como se puede observar en el primero de los capítulos, Lea y Paolo

se ocupan de la educación de sus dos hijos, intentan establecer contacto con el partido, plasman el mundo de relaciones familiares y amistosas, manifiestan su amor al otro, inventan un nuevo lenguaje a fin de vencer la férrea censura, dan a conocer la jornada diaria y las normas carcelarias, intercambian opiniones sobre lecturas, pensamientos e ideas, profesan su fe y su confianza en la causa comunista... La pluralidad de las temáticas se une a la de los registros estilísticos que adoptan, el trazado de la letra se relaciona fácilmente con los estados de ánimo y, en varias ocasiones, la carta entre ambos permite que otros interlocutores entren en el juego epistolar. La carta pasa así de ser documento privado a documento público<sup>3</sup>, variando su estado original, modificándose según las circunstancias que rodean al acto de escritura.

Las cartas permiten, también, sondear la dinámica de las relaciones de género y la configuración de los roles sexuales en un período de cambio de funciones y de redefinición de los conceptos de masculinidad y feminidad. La antonimia clásica entre fortaleza masculina y debilidad femenina se ve rota por las dificultades que derivan de la ausencia de la figura paterna en el hogar y por las exigencias de la clandestinidad y de los problemas económicos. Todo ello supone un cambio en el ritmo de vida, la asunción de nuevas funciones y responsabilidades para las mujeres y la revisión de valores asociados a la condición sexual. Estos cambios en las relaciones de género se reflejan en la correspondencia, de manera que podemos

3 Sobre cómo se transforma el documento privado al convertirse en público, bien por la iniciativa de publicarlo, bien por las modificaciones que, en el caso epistolar, implica el acceso de varios destinatarios al texto escrito, ver: Roxana PAGÉS RANGEL, *Del dominio público: itinerarios de la carta privada*, Teoría Literaria: Texto y teoría, Rodopi, Ámsterdam-Atlanta, 1997.

observar cómo la escritura de Lea, su lenguaje, su tono, sus ideas, evolucionan y presentan un nuevo tipo de mujer autosuficiente que contrasta con la incertidumbre y el temor de Paolo ante dicho cambio.

Las cartas son el intermediario entre el mundo exterior y el interior, así como el único medio de salvar la distancia que separa a los enamorados; pero son también momentos de reflexión, de balance, de afirmación de la propia subjetividad. Escribir y conservar las cartas son estrategias para no olvidar la propia memoria, los recuerdos, y la identidad. Las cartas constituyen ese lugar desde el que mirarse a uno mismo y asumir el cambio que provoca la reclusión en la manera de ser y entender. En este sentido, la escritura epistolar se nos presenta a lo largo de todo el libro como un bonito mirador para observar la evolución del carácter de sus protagonistas, la relación que se establece entre moral y política, deseo y deber. La elección de un espacio y un momento concretos para la escritura implica, como bien deja dicho la autora, una concepción específica de ésta entendida como autoanálisis e introspección. La carta, en fin, como búsqueda del yo y como estrategia de apropiación del espacio interior.

Muy ligadas a esta dimensión de la escritura como configuradora de la identidad aparecen, en el capítulo cuarto, un conjunto de prácticas autonarrativas que Patrizia Gabrielli contrasta con la escritura epistolar: las memorias y autobiografías de mujeres comunistas. Estos escritos, al igual que las cartas, constituyen un fiel reflejo de las transformaciones político-sociales que acontecen en el momento en el que son producidas y establecen esa relación entre individualidad-colectivi-

dad. La filiación política es la que conduce a la toma de la escritura, de manera que la pertenencia al partido se traduce, en el papel, en una determinada visión del mundo. Igualmente, el acto de escribir aparece ligado a etapas difíciles en la vida de las militantes, y la mezcla entre la dimensión política y la personal se muestra como indisoluble: las etapas de la vida avanzan a un tiempo con las de la actividad política desarrollada en el seno del partido, y ambas, en esa tensión, definen la identidad.

La voluntad de dejar rastro de sí y el hecho de tomar conciencia de participación en la historia son elementos que no explican por sí solos la explosión de la subjetividad que en los primeros años noventa acontece en el universo comunista, traducida en la producción y publicación de numerosas memorias, autobiografías y epistolarios. Junto a las nuevas vías de investigación que empiezan a apostar por el empleo de este tipo de fuentes para hacer la historia, Patrizia Gabrielli llama la atención sobre otros mecanismos que influyen en esa revalorización del escribir subjetivo y que no están exentos de interés: por un lado, la finalidad adoctrinadora o pedagógica del partido, que tiende a convertir muchos de estos escritos en verdaderos manuales de comportamiento; y, por otro, la función propagandística y de control, manifestada, la primera, en el intento de dejar constancia a partir de todos los testimonios posibles de la validez de la ideología comunista en todo momento histórico, y la segunda, en las constantes confesiones por parte de los militantes de su fidelidad absoluta al partido.

En suma, el libro de Patrizia Gabrielli es una buena muestra de cómo se relacionan historia y memoria, del

proceso de elaboración de ésta y de las diferentes estrategias de transmisión; y, a la vez, de cómo el testimonio escrito de un mundo interior, personal, privado e

intransferible puede convertirse en expresión universal y colectiva, en reflejo de toda una sociedad que ha vivido en un mismo tiempo.

*La edición en España (1836-1936),*

dir. Jesús A. Martínez Martín, Madrid: Marcial Pons, 2001.

por

GENARO LUIS GARCÍA LÓPEZ  
*Universidad Carlos III de Madrid*

Recibimos con enorme satisfacción la salida al mercado de la *Historia de la edición en España (1836-1936)*, dirigida por el Profesor del Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense Jesús Antonio Martínez Martín.

La obra, elaborada por un elenco de historiadores integrados (a excepción de los catedráticos Botrel y Viñao) en los proyectos de investigación potenciados por el director, se divide en cuatro partes. La primera está dedicada al siglo XIX, adjetivada como «el siglo de los editores» y se centra en el estudio de impresores, librerías y editores (Martínez Martín), las mejoras técnicas (Rueda Laffond), la materialidad del libro: la morfología del impreso, los formatos, estilos, tipografía, relación entre textos e imágenes... (Sánchez García) y el mundo de la librería y sus estrategias comerciales (Botrel).

La segunda parte, dedicada al primer tercio del siglo XX y bajo el significativo epígrafe de «El capitalismo de edición», repite la estructura de la anterior, con la salvedad de que el capítulo octavo ha sido elaborado por la especialista en el libro durante la Segunda República, Ana Martínez Rus. En la tercera parte se analizan distintos géneros editoriales: el libro esco-

lar (Viñao), el libro infantil y juvenil (Sánchez García), el libro religioso y la prensa periódica (Sánchez Illán) y las colecciones literarias (Sánchez Álvarez-Insúa). La cuarta parte se centra en la lectura, la difusión de libro y las bibliotecas, con estudios de Viñao sobre el aprendizaje de las capacidades lectoras en la escuela, Martínez Rus sobre las bibliotecas públicas y Martínez Martín sobre los nuevos lectores y la socialización de la lectura.

La obra ha surgido como fruto de las investigaciones que el director del proyecto viene realizando desde los años ochenta sobre el mundo de la lectura, con una orientación inicial desde los análisis de bibliotecas privadas (véase su tesis doctoral *Lecturas y lectores en la España isabelina (1833-1868)*, 1986 y *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, 1991) hacia la consideración de libro en todas sus dimensiones y la renovación historiográfica de la historia del libro que se ha difundido en España en las últimas décadas.

En la introducción se realiza un estado de la cuestión y se pone de manifiesto el papel central que la renovación de la historia de la lectura ha tenido en los últimos años por influencia de Roger Chartier (manifestada en el interés por la aprehensión de lo escrito, la producción de significados, en fin, por una práctica cultural socialmente considerada) y de autores anglosajones como Robert Darnton, poniendo de manifiesto las investigaciones

previas de otros investigadores (menos conocidos en nuestro país) como Iser o Mackenzie. Un proceso enmarcado dentro de la renovación de la historia social y cultural, que en los años noventa en España comenzó a superar los aspectos meramente cuantitativos de enumeración de listas de impresos.

En este sentido, a lo largo de toda la obra está presente el interés por un análisis del libro en su totalidad y por una consideración sociológica del mismo; en la línea que defendía (a partir de la lectura de autores como Robert Estivals) en los años ochenta el sociólogo Guillermo Márquez Cruz, que abogaba por el estudio del marco sociopolítico y jurídico, del marco económico y los autores, de los mediadores —editores, impresores, libreros, bibliotecas— y los receptores, para superar la mera historia formal de la impresión. La estructura de la obra, en la que varios expertos analizan las distintas facetas del libro (como queda dicho más arriba, los cambios tipográficos, los avances técnicos, los lectores, la venta, la difusión a través de bibliotecas...) por capítulos incide en esta línea que apuntamos; teniendo siempre muy claro que existe un eje vertebrador (en la introducción se utilizan profusamente los términos «columna vertebral», «cordón umbilical» o «elemento vertebrador») que es la edición, como nexo de unión entre los distintos elementos del libro.

Descendiendo a la situación concreta de España (no hay nada más que comprobar el número de referencias tanto en la bibliografía, como en las notas a pie de página) está muy presente la obra del hispanista francés Jean-François Botrel, catedrático de la Universidad de Rennes 2, con sus numerosas obras sobre la historia de la edición, de la literatura popular, de

autores concretos, del libro, de los librerías, incluso de las bibliotecas, donde se ponen de manifiesto estudios bien documentados, con utilización profusa de fuentes primarias y la apertura constante de nuevas investigaciones.

Es casi inevitable la comparación con la *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX* que, bajo la dirección del exdirector de la Biblioteca Nacional Hipólito Escolar Sobrino, publicó la Fundación Germán Sánchez Rui-pérez en 1996 dentro de su colección Biblioteca del libro. Esta obra, elaborada también de forma colectiva contaba con la participación de distintos bibliotecarios y, en los aspectos formales, se enriquecía con una encuadernación más cuidada (tapas, papel cuché...) y abundantes ilustraciones. Sin embargo los textos estaban más destinados a la difusión que a la interpretación y la crítica, sin notas a pie de página y con un formato de letra mayor. Esta obra dirigida por Escolar no se puede comparar con la *Histoire de l'édition française* dirigida por Chartier y Martín hace ya quince años y por eso en la introducción del libro que recensamos se llega a afirmar (página 20) que no existe en España una historia de la edición.

Ese hueco intenta cubrirlo el libro que comentamos superando las limitaciones de la obra dirigida por Escolar mediante la elaboración de textos basados en investigación básica (con profusión de referencias a archivos), la utilización de un formato más académico (notas al pie de página, bibliografía detallada...) y el recurso a historiadores universitarios pertenecientes (en su mayoría) al equipo de investigación de Martínez Martín. En todo caso, la ausencia de ilustraciones o el análisis de determinados temas no tratados aquí (como el libro en otros idiomas pe-

ninsulares distintos al castellano) se pueden complementar con la obra aparecida en 1996.

Pero no debemos finalizar sin señalar algunos aspectos que se podrían haber mejorado como la arbitraria clasificación de la bibliografía (por utilizar distintos criterios para los cuatro apartados en que aparece dividida), con una división entre artículos y libros (poco útil pues no establece división en contenidos, como sí que parecen indicar los dos primeros epígrafes, aún cuando en éstos, parezca predominar la consideración de obras originales de la época). Por otro lado, encuadrar a los archivos dentro de un epígrafe general denominado centro de documentación resultaría inadecuado desde el punto de vista de la ciencia documental al identificar dos realidades perfectamente definibles y diferenciadas. Además se detecta una cierta carencia de sistematización (más allá de ciertos errores puntuales lógicos) en la forma de los asientos bibliográficos. La diversidad de autores plantea el problema de la desigualdad entre ellos con textos que son reflejo de una gran competencia y manejo del tema en algunos casos y con pequeñas lagunas en

otros, fruto de su propia experiencia y trayectoria. Aunque esta diversidad permite la inclusión de distintos puntos de vista y se observa un esfuerzo consciente de coordinación que queda reflejado a lo largo de todo el texto.

A pesar de que ya conocíamos algunos de los planteamientos aquí expuestos en las obras anteriores de algunos autores (como Viñao, Botrel o Martínez Martín), esta obra supone un avance considerable en el estudio de la historia de la edición española en la dirección de las corrientes historiográficas que se alejan de los estudios meramente cuantitativos y materiales del libro. El manejo de una amplia bibliografía y de distintas fuentes primarias (catálogos, hemerotecas, más de diez archivos con sus diferentes fondos) le otorgan además un gran valor como obra de investigación, sin perder su carácter divulgativo.

Sería deseable que pronto pudiésemos ver publicados otros resultados de la magnífica trayectoria de este equipo de investigación y de su proyección en seminarios como el celebrado en la Universidad Complutense en junio de 2000 sobre los orígenes culturales de la sociedad liberal.

VERÓNICA MATEO RIPOLL,  
*El clero y los libros. Catálogo de la Biblioteca del Seminario de  
 San Miguel de Orihuela (siglos XV-XVI),*  
 Alicante: Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2002.

\* \* \*

*La cultura de las letras. Estudio de una biblioteca eclesiástica en  
 la Edad Moderna,*  
 Murcia: Universidad de Alicante, 2002.

por  
 VERÓNICA SIERRA BLAS  
 Universidad de Alcalá

«LIBROS SOBRE LIBROS»:  
 UNA BIBLIOTECA  
 ECLESIAÍSTICA EN LA  
 EDAD MODERNA

Si bien la conservación constituye una característica inherente a la esencia misma de la escritura, ya que su empleo comporta la respuesta a una voluntad de duración, de permanencia en el tiempo, además de comunicar con la ausencia y de prolongar la temporalidad inmediata<sup>1</sup>, entrar a una biblioteca, espacio para la conservación por excelencia, constituye un viaje a través del tiempo, un reencuentro con el pasado. Adentrarnos en las *galeries de la memoria*, siguiendo a Borges<sup>2</sup>, o en las *casas de las palabras*, si me presta el término Antonio Castillo<sup>3</sup>, supone, entre otras muchas cosas, descubrir a los que crearon, utilizaron y conservaron dichos espacios, y desvelar los proyectos y modalidades de lectura que tuvieron lugar en su interior. Eso es preci-

samente lo que hace Verónica Mateo Ripoll en estos dos «libros sobre libros». Dos, porque uno complementa y remite al otro y porque ambos construyen una misma historia.

La Historia cultural del libro y la lectura se volcó hace años en el estudio de las bibliotecas particulares dejando de lado las bibliotecas eclesiásticas institucionales, cuyo reconocimiento por parte de los estudiosos e investigadores llegó algo más tarde al tomar conciencia del valor que los fondos que éstas albergaron y albergan tienen para conocer el papel sociocultural del estamento eclesiástico en la época moderna. Los estudios sobre bibliotecas nobiliarias, eclesiásticas y particulares, basados inicialmente en el recuento de libros a partir de los inventarios *post-mortem*, tuvieron cierta importancia a la hora de desvelar la Historia social de las prácticas de lectura con las que identificar a estos estamentos sociales. Más recientemente, sin embargo, se han desarrollado nuevas líneas de investigación, agrupadas bajo la denominación de Historia de la Lectura, que centran su interés en los modos de utilización, de comprensión y

<sup>1</sup> Francisco M. Gimeno Blay, «De las Ciencias Auxiliares a la Historia de la Cultura Escrita», *Arché*, 3. *Seminari Internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita de la Universitat de València* (1999), p. 30.

<sup>2</sup> Jorge Luis Borges, *Biblioteca personal*, Madrid: Alianza, 1997, p. 8.

<sup>3</sup> Antonio Castillo Gómez, «La casa de las palabras», *La Revista del Diario de Alcalá*, año II, n° 84, Domingo 25 de octubre de 1998, p. 8.



de apropiación de los textos; en la atención que se le debe prestar a las formas de lo escrito; en la convicción de que toda historia de las prácticas de lectura es necesariamente una historia de los objetos escritos y de las palabras lectoras; y, cómo no, en la reafirmación de que un texto no existe más que porque existe un lector para conferirle significado<sup>4</sup>. Sólo al compás de estas nuevas perspectivas de entender los textos y su historia, los estudios acerca de los libros que una biblioteca contiene volverán a adquirir su sentido.

Pero centrémonos en el caso que nos ocupa. Las bibliotecas eclesiásticas institucionales se conformaron a lo largo de la modernidad no sólo como atalayas simbólicas de la fe, sino también como proyectos de adoctrinamiento, disciplina y control a través de las lecturas que ofrecían. En las dos obras en cuestión, la autora aborda la historia de una institución, el Seminario de San Miguel de Orihuela (Alicante), mediante la reconstrucción del conocimiento al que tuvieron acceso teólogos, profesores y seminaristas de la Orihuela del siglo XVIII y comienzos del XIX. A través del análisis, descripción y catalogación de los 25.000 volúmenes de esta biblioteca nos invita a viajar por el proceso de formación de los fondos, no exento de las dificultades que supone el hecho de ser fruto de sucesivas desmembraciones y reintegraciones derivadas de las distintas donaciones personales e institucionales y de determinados procesos históricos, como la expulsión de la Compañía de Jesús en el año 1767 o las desamortizaciones. La narración de dicho proceso la realiza siempre relacionándola

con la historia misma del Seminario, cuya creación en el año 1742 se enmarca dentro de una de las líneas promovidas por el Concilio de Trento, la formación y educación del clero, y es obra del obispo Juan Elías Gómez de Terán, quien redactó las primeras constituciones (1743) que rigieron la vida del centro e instauraron un programa de estudios rígido, intenso y selectivo, estructurado fundamentalmente en cinco materias: Religión y Teología, Bellas Letras, Historia, Derecho y Ciencias y Artes.

Si algo demuestra el estudio de los libros que la Biblioteca del Seminario conserva es que no todos ellos obedecen a una simple consideración estética, derivada de la concepción del libro como objeto valioso o símbolo de distinción social, sino que, en su mayoría, son claros indicadores de una actitud religiosa y cultural específica y de un proyecto educacional y adoctrinador concreto. Por ello, las obras en cuestión se estudian más bien desde la perspectiva de su vinculación con unos determinados objetivos intelectuales, formativos, profesionales, religiosos o espirituales que el Seminario, en particular, y la iglesia orcelitana, en general, trataron de difundir. Este interés adoctrinador es, además, una muestra inequívoca de las restricciones y principios diferenciadores que toda biblioteca guarda en su interior y que se manifiestan igualmente en el debate que tiene lugar entre la oficialidad de los planes de estudio, es decir las lecturas obligadas al alcance de todos, y las *lecturas paralelas*, sólo al alcance de unos pocos y cuya práctica hemos de situar al borde de la transgresión, en aquellos *cuartos de prohibidos*

4 Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, «Introducción», en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, 2001, pp. 15-17.

de los que hablan autores como Herrero Pascual<sup>5</sup>.

Junto a este análisis de la historia de la institución, de los procesos de formación de su biblioteca, de la minuciosa descripción de cada uno de los libros que componen su fondo antiguo y de las diferentes huellas que el proyecto educativo orcelitano dejó a través de las posibles prácticas de lectura que permiten dichos ejemplares, la autora no se olvida de estudiar un aspecto fundamental para la Historia del libro, que día a día va ganando en importancia: el de la materialidad. Este estudio de las formas materiales lo desarrolla, como ella misma lo define, a partir de una verdadera labor de *arqueología libraria*. Libro por libro analiza las encuadernaciones, la evolución en el formato según el momento histórico, las funciones y formas que presentan los diferentes grabados (decorativa, ilustrativa, captación de lectores, intermediario entre la cultura oral y la escrita, elemento de propaganda, etc...) y la relación que se establece entre

las ilustraciones y la mentalidad y cultura de la época.

En fin, las obras de Verónica Mateo son claros ejemplos de toda la variedad de datos e información que el historiador puede obtener de un libro. La primera de ellas, *El Clero y los libros*, nos recuerda que la realización de catálogos es también una parte necesaria de la Historia del libro y de las bibliotecas a la que no debemos despojar de su valor y utilidad; la segunda, *La cultura de las letras*, que es posible reconstruir la historia de una institución a partir de los libros que ésta conserva. Si bien es cierto que sendos estudios constituyen «una llave simbólica y mágica que abre las puertas de una polvorienta y antigua biblioteca», en palabras de Manuel Peña («Prólogo», *La cultura de las letras*, p. 12), no es menos verdad que, en estas páginas, los libros son los auténticos narradores de la historia. Desde su silencio en las estanterías estaban esperando a que alguien los abriese para contarla.

<sup>5</sup> C. Herrero Pascual, *La biblioteca de los obispos (Murcia). Historia y catálogo*, Murcia: Universidad de Murcia, 1998, p. 16.

*Refúgios do eu: educação, história, escrita autobiográfica*,  
 coord. Ana Chrystina Venancio Mignot, Maria Helena Camara Bastos y  
 Maria Teresa Santos Cunha, Florianópolis: Mulheres, 2000.

\*\*\*

*Destinos das letras: história, educação e escrita epistolar*,  
 coord. Ana Chrystina Venancio Mignot, Maria Helena Camara Bastos y  
 Maria Teresa Santos Cunha, Passo Fundo: Universidade de Passo Fundo-UPF, 2002.

\*\*\*

MARLON SALOMON,  
*As correspondências: uma história das cartas e das práticas de escrita no  
 Vale do Itajaí*, Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina-UFSC, 2002.

por  
 VANESSA DE CRUZ  
*Universidad Carlos III de Madrid*  
 y  
 VERÓNICA SIERRA BLAS  
*Universidad de Alcalá*

*A INVENÇÃO DO COTIDIANO*<sup>1</sup>:  
 REFLEXIONES SOBRE  
 LAS ESCRITURAS PERSONALES  
 EN BRASIL

[...] la misma historia cambia cuando es contada por diferentes protagonistas u observadores. Cada uno de ellos, con su parte de verdad, nos ofrece aspectos que los otros silencian u ocultan<sup>2</sup>.

Desvelar los silencios, descubrir a estos protagonistas de lo cotidiano e indagar en los usos, funciones y apropiaciones de

unas prácticas de escritura, cuya producción acontece en la esfera de lo íntimo, son, precisamente, algunos de los objetivos que persigue el estudio de la escritura personal. Aunque suele afirmarse que lo privado está condenado al olvido<sup>3</sup>, los recientes estudios sobre cartas, autobiografías, diarios, memorias, libros de cuentas o de familia —por poner sólo algunos ejemplos— vienen a demostrarnos que las escrituras personales pueden proporcionar al investigador nuevas perspectivas de análisis, así como una valiosa información que sería impensable encontrar en otro tipo de documentos.

En contraste con otros estudios desarrollados en países como Francia, Italia o Gran Bretaña, las investigaciones que sobre estas modalidades de escritura acon-

<sup>1</sup> Tomamos el título prestado del artículo de Anne-Marie Chartier y Jean Hébrard, «A invenção do cotidiano: uma leitura, usos», *Proj. História*, 17 (1998), pp. 29-44. A su vez, ambos autores, hacen referencia al ya clásico libro de Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano I: Artes de hacer* [1980], México: Universidad Iberoamericana; Departamento de Historia - Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente - Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996.

<sup>2</sup> Antonio Viñao Frago, «A modo de prólogo: Refugios del yo, refugios de otros», en *Refúgios do eu: educação, história, escrita autobiográfica*, eds. Ana Chrystina Venancio Mignot, Maria Helena Camara Bastos, Maria Teresa Santos Cunha, Florianópolis: Mulheres, 2000, p. 11.

<sup>3</sup> M<sup>a</sup> Luz Mandingorra Llavata, «Conservar las escrituras privadas, configurar las identidades», *Arché*, 7 (2000), p. 15.

tecen al otro lado del Atlántico, concretamente en Brasil, son aún muy poco conocidas. Ya sea desde el marco que ofrece la Historia de la cultura escrita u otras disciplinas, como es el caso de la Historia de la educación, en los últimos años han aparecido diferentes publicaciones que sitúan en el centro de su interés los modos en los que se ha ido manifestado la escritura autorreferencial a lo largo de su historia. Se trata, por lo tanto, de entender la escritura como espacio para la configuración de la identidad, como vía de expresión de sentimientos y medio para la (re)construcción de la memoria.

Estos presupuestos son los que vertebran las páginas de tres libros pioneros en el estudio de las prácticas de escritura cotidiana. Nos referimos a dos de las obras coordinadas por las profesoras Ana Chrystina Venancio Mignot, Maria Helena Camara Bastos y Maria Teresa Santos Cunha: *Refúgios do eu: educação, história, escrita autobiográfica* (Florianópolis: Mulheres, 2000) y *Destinos das letras: história, educação e escrita epistolar* (Passo Fundo: Universidade de Passo Fundo-UPF, 2002); y *As correspondências: uma história das cartas e das práticas de escrita no Vale do Itajaí*, de Marlon Salomon (Florianópolis: Universidade Federal de Santa Catarina-UFSC, 2002).

A través de los diferentes trabajos que componen *Refúgios do eu* encontramos como hilo conductor la presencia de la mujer, siempre relacionada con los procesos de formación y educación, la escritura y la lectura. Sin embargo, esta homogeneidad se diluye en la variedad que ofrecen los distintos tipos de fuentes empleadas en cada uno de los trabajos aquí publicados: desde el estudio de las cartas de una joven preceptora alemana entre 1881 y 1883, pasando por diferentes

autobiografías de mujeres de distinta condición social y cultural, hasta los diarios y agendas de adolescentes en la década de los años 80 y 90. Por otra parte, estamos ante una demostración de lo importante que resulta no desligar el contenido de este tipo de escrituras de sus soportes y formas; puesto que las diferencias en la materialidad contribuyen, a un mismo tiempo, a establecer una tipología de las mismas y a entender la relación que tiene lugar entre las motivaciones que conducen a la toma de la escritura y las formas en las que ésta se presenta. Pero a pesar de las especificidades, los «refugios del yo» se conforman como un espacio para el individuo que escribe desde la subjetividad y la privacidad.

Dentro de las escrituras personales, la carta se convierte en protagonista en *Destinos das letras* y *As correspondências*. Ambas obras sitúan a la misma entre la distancia y la ausencia, la norma y la transgresión, desde la Edad Moderna a la Contemporánea y recorriendo toda suerte de variedades tipológicas (temática, autores/destinatarios, materialidad): cartas entre familiares y amigos, cartas pedagógicas y pastorales, cartas escritas por presos, emigrantes u obreros, pero también por intelectuales y educadores. A través de la escritura epistolar, el individuo encuentra la posibilidad de comunicar emociones, representarse a sí mismo y dibujar la intimidad. Además, el análisis de la escritura y lectura de cartas como prácticas sociales lleva a los autores a indagar en la historia de las mentalidades, comportamientos y valores, conformándose la carta como instrumento que registra confidencias, crea redes de sociabilidad y muestra una visión del mundo determinada, acorde con el momento histórico en el que se redactó.

El interés hacia las escrituras personales en Brasil no sólo se pone de manifiesto en las publicaciones reseñadas en líneas anteriores, sino también en otras iniciativas concretadas en seminarios universitarios y otras actividades. En este sentido, es obligada la referencia al Seminário de Consolidação Temática da Linha de Pesquisa Cotidiano e Cultura Escolar, insertado dentro del programa de postgrado en Educación de la Universidade do Estado do Rio de Janeiro<sup>4</sup>. Dicho curso, dirigido por Ana Chrystina Venancio Mignot, fue impartido por el profesor Antonio Castillo Gómez de la Universidad de Alcalá en el mes de junio de 2002. Como colofón del mismo se programó la exposición *Memória da Escrita Cotidiana* (del 3 al 26 de julio) —inspirada en otra exposición que bajo el mismo nombre se celebró en Alcalá de Henares

en el año 1996<sup>5</sup>— en la que tuvieron la oportunidad de participar alumnos y colaboradores de dicho seminario, aportando textos de apoyo e, incluso, el material expuesto: agendas, diarios, cartas, anotaciones de viajes, cuadernos de recetas, cuadernos y boletines escolares, etc... Cada uno de estos testimonios representaba una experiencia concreta de escritura, una respuesta a la necesidad cotidiana de vivir.

Esperamos haber reflejado fielmente en estas líneas el panorama que en Brasil representan los estudios sobre Cultura Escrita, en concreto aquellos que se producen en el marco de las escrituras íntimas o privadas. Con ello pretendemos acercar las líneas de investigación, autores y obras, que allí se desarrollan en la actualidad para ampliar las perspectivas de estudio y reclamar las colaboraciones entre ambos países.

4 Desde estas líneas queremos agradecer enormemente a Ana Chrystina Venancio Mignot y Antonio Castillo Gómez la invitación a participar en el citado seminario durante nuestra inolvidable y *maravilhosa* estancia en Río de Janeiro.

5 Organizada por Antonio Castillo Gómez.